

CARTA A UN BEBÉ POR NACER

ARELI

Hola, hijo:

Tal vez te preguntes qué hay más allá de la realidad en que habitas desde hace tres meses, un entorno hecho especialmente para ti, la guarida perfecta que habitarás durante el siguiente medio año antes de asomarte al mundo que nos ha tocado vivir, un mundo tan bueno o tan malo según aprendamos a verlo.

Desde que supe que habitabas en mí, no he dejado de pensar en el contexto al que vamos a enfrentarnos. Para empezar, podría contarte que llegas en tiempos de crisis, como si en este país conociéramos otros. Lo cierto, hijo, es que vivimos en una nación rica por su gente y sus recursos, pero que no ha sabido elegir a sus gobernantes ni exigir cuando ha debido hacerlo. Y hoy, cuando sé que llegarás, no puedo evitar avergonzarme de las veces que dejé de luchar para que el día que tú abrieras los ojos encontraras un mejor lugar para vivir. Sin embargo, a favor puedo decir que más de una vez me he opuesto a lo que considero injusto y, aunque a veces he tenido que aceptar que la fuerza se impone a la razón, he sabido enfrentarlo con congruencia, lealtad y dignidad.

Además de la crisis económica, nos aqueja una epidemia de influenza, ¿real o ficticia? No lo sé, aunque si es real, es producto de la manera tan arbitraria de conducirnos con la naturaleza y, entonces, nadie está exento de culpa. Nuestro estilo de vida ha sido tan inconsciente que hemos alterado el ecosistema de tal manera

que el ambiente hoy nos pasa la factura. Así que, en medio de un alud de información que cada vez entiendo menos, me cuido para cuidarte, como lo haré el resto de mi vida.

Quizá, bebé, no debería hablarte de la influenza ni de la violencia que nos aqueja, otra epidemia que se expande sin cesar. Quisiera no tener que hacerlo, pero me aterra la idea de que un día, en el futuro, te enfrentes a las víctimas de esta guerra atroz y puedan lastimarte. Lo que sí puedo decirte con certeza es que el odio y la venganza se combaten con amor, y ése lo tendrás de sobra: mío, por supuesto; de tus abuelos, locos de alegría desde que supieron de tu existencia; de tus tíos, que quisieran acelerar el tiempo para tenerte en sus brazos; de unos primos que ignoran lo que es convivir con un bebé y te esperan ansiosamente para descubrirlo, y de tantos amigos que ya te llaman “sobrino”, te buscan nombre y se imaginan, junto conmigo, cómo será tu rostro, tu voz y tu sonrisa.

Así es, hijo: la vida vale la pena, a pesar de las crisis, las epidemias y la violencia. Lo sabrás el día en que podamos estar acurrucados como gatos en una canasta, sintiéndonos uno a otro. Sé que hoy sólo percibes los ruidos de mi cuerpo, pero pronto podrás deleitarte con una canción que te traiga recuerdos felices, o con el sonido de la lluvia golpeando tu ventana una fría madrugada. Sabrás lo que es la amistad cuando descubras la complicidad en los ojos de alguien que fue un extraño y se convirtió en tu hermano elegido. También llegará el día en que encuentres tu vocación y te regocijes en una actividad que, además de darte sustento, te haga sentir útil, pleno y satisfecho.

Por supuesto que habrá momentos difíciles, pero en medio de ellos descubrirás tu propia fortaleza y la protección de un ser superior que te mandó conmigo porque aquí tenías que llegar. Sobre decir que en esos momentos siempre estaré ahí, para llorar contigo o respetar tu silencio.

De verdad, mi niño, la vida ofrece cosas tan hermosas que no importa de qué tamaño sean los problemas y los desafíos, siempre habrá algo que hará que la vida valga la pena, y ese algo deberás

buscarlo en las cosas simples, como escuchar por primera vez tu nombre de voz de quien amas, a quien encontrarás en el lugar y en el momento menos pensado, cuando te conmuevas con un poema de Sábines o seas capaz de sentir tu pequeñez al admirar el cielo.

Quizás el mundo nos enfrente a situaciones difíciles, a problemas casi imposibles de resolver, pero estoy segura —y me esforzaré para que así sea— de que aprenderás a vivir feliz y de que un día no habrá crisis, ni epidemia ni violencia que alcance para borrar la emoción más grande que puedas experimentar, porque sabrás que esperas un hijo, como me pasó a mí.

Te quiere, tu mami.

Ciudad Cuauhtémoc, Chih.